

## Considerando las *Confesiones* de san Agustín según la versión castellana de Lorenzo Riber

### RESUMEN

El objetivo al que va encaminado el presente trabajo es el de efectuar una lectura de las *Confesiones*, obra imperecedera en la que san Agustín va refiriendo con fidelidad y humildad sincera el decurso de su vida desde la infancia hasta su conversión y el bautismo. Se trata para ello de seleccionar textos llenos de interés y de fervor cristiano, lo cual no deja de ser una labor limitada y un tanto subjetiva. Pero lo que con especial atención he procurado cuidar es el destacar la expresión latina tal como queda reflejada en la versión castellana de Lorenzo Riber, miembro de la Real Academia Española, empresa digna de una especial atención por la elegancia y el exquisito valor del lenguaje y el estilo característico de este eximio traductor de las inmortales Confesiones del santo obispo de Hipona y glorioso Padre de la Iglesia.

### ABSTRACT

The objective to which this work is directed is to carry out a reading of the Confessions an imperishable work in which Saint Augustine refers with faithfulness and sincere humility the course of his life from his childhood until his conversion and baptism. For this it is about selecting texts full of interest and Christian fervor which is still a limited and somewhat subjective task. But what I have tried to pay special attention to is highlighting the Latin expression of the saint as reflected in the Spanish version of the Royal Spanish Academy, a task worthy of special attention due to the elegance and exquisite value of the language and characteristic style of this eminent translator of the immortal Confessions of the holy Bishop of Hippo and glorious father of the Church.

## UNA OBRA AGUSTINIANA DE PERPETUO VALOR

Se ha venido afirmando y no sin fundamento, que las tres obras principales de san Agustín son: *La Trinidad*, *La ciudad de Dios* y *Las confesiones*. Ciertamente esta última fue muy apreciada ya durante la vida del santo, y él mismo se alegró de esta buena acogida, considerando que fue bien evaluada por la sinceridad y modestia que en ella se reflejan, así como por el bien espiritual que produjo en muchos de sus lectores<sup>1</sup>. Su interés no ha decaído y en tiempos recientes ha sido seguramente su obra más difundida y ha llamado la atención, no sólo de teólogos, filósofos y filólogos, sino también de sicólogos y literatos.

El P. Ángel Custodio Vega en su *Prólogo a las Confesiones* (BAC 1991) aun apuntando que «quizá no sea ésta la obra más perfecta salida de sus manos ni aun la más genial y grandiosa», añade sin embargo: «Ha puesto en ella tanto de personal y viviente, tanto de dinámico y emotivo, que desde las primeras páginas, no obstante las pesadas y largas digresiones filosóficas a que se entrega con frecuencia subyuga y arrebata, hasta adueñarse del lector»<sup>2</sup>.

Parece, además, probable, debido al estilo que se refleja en el texto, que por lo menos en buena parte la obra no provenga de una primera redacción hecha por escrito directo del autor, sino más bien por el sistema del dictado que los calígrafos trasladaban a los códices. A ello puede deberse un halo de espontaneidad, aunque siempre muy controlado y preciso, que provenía de la naturalidad y el fervor con que el autor dictaba lo que él acentuaba de su íntimo pensamiento e imborrable recuerdo.

Un traductor castellano más antiguo, el fraile agustino P. Eugenio Ceballos, manifestaba esta reflexión: «Lo que hace más admirable la destreza del santo en esta excelente obra es el haberla dispuesto de tal modo, que al mismo tiempo nos induce al conocimiento de Dios y al de nosotros mismos; pero siendo tan importante y tan dificultoso el adquirir estos dos conocimientos, con este libro es fácil adquirirlos.

---

<sup>1</sup> Cf. *Del don de la perseverancia*, cap. 6º: BAC 11, p.608. *Cartas* 231, 6: BAC 99b, p. 390.

<sup>2</sup> *Obras Completas de San Agustín*, II, BAC 11 (1991). *Las Confesiones*, p. 1.

Basta para esto el ir siguiendo la luz y dirección que en esta obra nos da el santo».

La convicción y experiencia vital de Agustín le llevan a precisar que la luz de la fe que proviene de Dios y despierta la fuerza del amor en el alma humana, sin prescindir de la inteligencia y la voluntad. Es lo que Agustín expresa con su famosa sentencia: *pondus meum, amor meus*, lo cual desarrolla en el último libro de las *Confesiones* de esta manera:

Todo cuerpo, con su peso tiende al lugar que le es propio. El peso no tiende necesariamente hacia lo bajo, sino hacia su lugar. El fuego tiende hacia arriba; la piedra hacia abajo. Gobernados por su propio peso, acuden a su lugar propio. El aceite derramado en el agua se eleva sobre el agua; el agua derramada sobre el aceite se coloca debajo del aceite. Gobernados por su propio peso acuden a su lugar propio. Lo que no está en su sitio está inquieto; se le pone en él, y descansa. Mi peso es mi amor; dondequiera soy llevado, es él quien me lleva. Vuestro don nos inflama y nos lleva hacia arriba: nos enardecemos y subimos. Ascendemos ascensiones en nuestro corazón, y cantamos el cántico de gradas. Con vuestro fuego, con vuestro fuego bueno nos enardecemos y nos remontamos, porque camino arriba, vamos a la paz de Jerusalén. «Alegrado me he en esto que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor». Allí nos colocara la buena voluntad y no desearemos ya nada más sino permanecer en ella eternamente<sup>3</sup>.

El traductor de las *Confesiones*, Lorenzo Riber, sacerdote virtuoso e ilustre literato merece ser destacado por su vasta cultura en historia y literatura, así como por sus labores de traductor. Una de sus más logradas versiones es la de las *Confesiones* de san Agustín que el P. Ángel Custodio Vega califica como «traducción literaria llena de vida y casticismo»<sup>4</sup>. La elegancia y el sugerente estilo de este traductor se corresponde muy dignamente con el incomparable genio del gran Padre de la Iglesia, cuyo pensamiento y espiritual grandeza han configurado el cristianismo y la cultura a lo largo de los siglos.

---

<sup>3</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro 13º, cap. 9º. (Versión castellana de Lorenzo Riber, que utilizamos en este trabajo) Barcelona 1971, p. 393. Otras ediciones de esta versión aparecieron en Madrid (Aguilar) desde 1942.

<sup>4</sup> *Prólogo a las Confesiones de san Agustín*, BAC 11, Madrid 1991, p. 64.

## DATOS BIOGRÁFICOS Y LITERARIOS DE LORENZO RIBER (1881-1958)

La vida y personalidad del sacerdote mallorquín Lorenzo Riber Campins se distinguió tanto por la fidelidad a su vocación de ministro de la Iglesia como por su constante e ilustrada labor cultural en la literatura y en la alta divulgación histórica, que se extendió a un amplio contenido de valiosas producciones, destacando a la vez como escritor muy bien formado en latinidad clásica, en la historia eclesiástica y en el desarrollo de las lenguas derivadas del latín lo cual supo exponerlo con un gran valor expresivo de elegante prosista y de inspirado poeta.

El muy admirado don Lorenzo Riber se expresó siempre de un modo exquisito tanto en el idioma propio de su tierra mallorquina como en el castellano que utilizó tanto en verso como en prosa. Fue autor de un gran número de libros y artículos muy apreciados por sus diversos contenidos y reveladores de la cultura cristiana y de la diversidad de valores de las regiones de España. Por todo ello muy merecidamente se le otorgó su designación como miembro de la Real Academia Española. Cabe destacar también la importancia de sus manifestaciones sobre la vida del pueblo sencillo mallorquín que se refleja en el libro titulado *La minyoria d'un infant orat*, en la que describe los años de su infancia.

Resultan, además, muy importantes sus traducciones y especialmente la ya mencionada de las *Confesiones* de san Agustín y las de poemas latinos de Aurelio Prudencio. Hizo también otras traducciones de famosos autores franceses e italianos.. Es también muy de notar el que Riber introduce en muchos de sus escritos abundantes versos de poetas clásicos latinos, especialmente de Virgilio.

Pienso que resulta oportuno hacer aquí una breve mención de los principales acontecimientos de la vida de este sacerdote, en el que aparece una peculiar vinculación con la figura de san Agustín. Nació Lorenzo Riber el 14 de septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz de 1881. Fue el primero de los nueve hijos del matrimonio formado por Llorenç María Riber y Catalina Campins que habitaban en el pueblo rural llamado *Campanet*, situada en la llanura del centro de la isla al pie de la frondosa *Serra de Tramontana*.

En 1892, a los once años de edad ingresó el niño en la escolanía del santuario de Ntra. Sra. de Lluc donde permaneció durante dos cursos. Siempre conservaría un gran aprecio y devoción hacia este lugar sagrado, centro espiritual de la piedad mariana en Mallorca. En 1895 ingresó en el Seminario Diocesano, donde comenzó ya su labor de escritor obteniendo premios en los certámenes veraniegos tratando temas de historia y literatura.

El 23 de septiembre de 1905 fue ordenado sacerdote y nombrado profesor del Seminario y en 1911 designado capellán del monasterio de Canonisas agustinas donde se venera el cuerpo incorrupto de la entonces beata Catalina Thomás. En octubre de 1913 el todavía joven sacerdote pasa a residir en Barcelona dedicándose a traducir al catalán obras de los clásicos latinos para la *Fundació Bernat Metge*. Al propio tiempo participaba en la labor difusora del *Foment de Pietat*. También se integró como escrito y mantenedor en los *Jocs Florals*.

Desde 1927 fue designado miembro de la Real Academia de la lengua española, primero como representante del idioma catalán, y en 1930, al cesar esta figura quedó él integrado en la misma institución. Desde entonces Riber tuvo su residencia principalmente en Madrid donde se ocupó en realizar sus principales escritos históricos sobre Aurelio Prudencio, Ramón Llull y las *Confesiones* de san Agustín.

Al ocurrir los trágicos acontecimientos de la Guerra Civil, Lorenzo Riber se vio libre de la persecución religiosa por el hecho de encontrarse en Mallorca, donde se integró en la labor de enseñanza en el instituto Ramón Llull, y en 1939 pasó de nuevo a residir en Madrid, sin dejar de pasar temporadas en Mallorca<sup>5</sup>.

Una de las últimas intervenciones públicas de Lorenzo Riber fue una bien enfocada conferencia pronunciada que efectuó personalmente el 30 de mayo de 1952, durante el Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona con el título de «Las primitivas sinaxis cristianas forja de mártires y la exultante paz de Cristo», acto al que tuve el gozo de asistir y del que guardo un emotivo recuerdo<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Cf. AA. VV., *Llorenç Riber*, «Quaderns de Campanet», 6, Palma 1962.

<sup>6</sup> RIBER, L., *Las primitivas sinaxis cristianas*, Palma de Mallorca, Imprenta «Sagrados Corazones» 1952.

La serena y piadosa muerte del fiel sacerdote e ilustre escritor Lorenzo Ribera Campins tuvo lugar en su pueblo natal de Campanet, de cuyo nombre decía el que era refrescante y resonaba como el de una campanilla. De este ilustre hijo de este pueblo rural, cuando se le otorgó la «Gran Cruz de Alfonso X el Sabio», el entonces ministro Joaquín Ruiz Jiménez dijo que la voz de Mossén Ribera estuvo «llena de aquel suave olor de malvarrosa que un día él aspirara en el jardín de un convento de monjes agustinos». En realidad, como veremos, se trata de un humilde convento de religiosas agustinas establecidas en Campanet.

## CONOCER Y AMAR A DIOS

Después de lo que llevamos dicho a modo de prolegómenos, pasemos ya a la consideración de las riquezas espirituales de las *Confesiones* de san Agustín, que presentaré según la versión castellana de Lorenzo Ribera. Las primeras palabras con las que empieza este libro inmortal son claramente reveladoras de cómo ha de ser el conocimiento de Dios que inunde nuestra alma y qué clase de alabanza es la que ha de brotar de nuestro pobre corazón y elevarse hacia la inefable grandeza del Altísimo. Estas manifestaciones iniciales provienen de uno de los últimos himnos del Salterio, versos que Ribera, con la característica firmeza y sonoridad de su estilo, traduce así: «Grande sois, Señor, y loable sobre manera: vuestra pujanza es grande, y no tiene número vuestra sabiduría (*Sal* 144,3)<sup>7</sup>.

El contenido de capítulo primero de las *Confesiones* se centra en discernir si el inicio del acercamiento del hombre a Dios es el conocimiento o la alabanza. Esta reflexión está estrechamente vinculada con la cuestión de si el hombre por iniciativa propia puede llegar a abrazar la fe. Después de su conversión, cuando Agustín era ya presbítero pero todavía no había sido promovido al episcopado, opinaba que el ser humano con su esfuerzo en el bien obrar podía dar los primeros pasos que de condujeran a la fe. Esta era una actitud parecida a las de aquellos que posteriormente serían llamados semipelagianos. Pero

---

<sup>7</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, cit. p. 61.

pronto, hacia el año 397, el santo obispo de Hipona rechaza este error, al cual también se refiere en el libro de las *Retractaciones* con su humilde sinceridad y modestia<sup>8</sup>. También ya en el inicio de las *Confesiones*, que compuso el santo en el tiempo mismo de su consagración como obispo, se descubre su conocimiento de que la acción de la gracia de Dios constituye el inicio de la fe y del camino de salvación del género humano. Los párrafos que consagra a este tema el santo, con razón designado como el «Doctoe de la Gracia», son unos de los más profundos y excelentes testimonios de la fe y tradición cristiana, que además van expresados con palabras lapidarias e imperecederas, siendo como su meollo la que dice: ...*fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te* («...nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti»)<sup>9</sup>. Con razón el P. Ángel Custodio Vega se refiere a esta frase agustiniana diciendo: «Sentencia profundísima y sublime, y clave de todas las conversiones»<sup>10</sup>.

La inicial acción de la gracia divina en cuanto al conocer y alabar a Dios, la presenta Agustín mediante preguntas y respuestas, lo cual implica, en cuanto al lenguaje y la versión del texto latino, un cuidado especial respecto de la fluidez de expresión y exactitud de conceptos. Lorenzo Riber lo consigue haciendo uso de su elegancia de estilo y de su buena preparación en teología. He aquí su bella traducción de este profundo e inequívoco texto agustiniano:

Y con todo eso, presume alabaros un hombre [Agustín] parte ruin de vuestra creación. Vos le despertáis para que se deleite en alabaros, porque nos hicisteis para Vos, y nuestro corazón está inquieto mientras no halle descanso en Vos.

Dadme, Señor, la gracia de saber y entender, si primero es el invocaros que el loaros, o primero que el invocaros sea el conoceros. Pero ¿quién hay que invoque sin conoceros? Puesto que el que no conoce puede invocar una cosa por otra. ¿O acaso más bien sois invocado para ser conocido?

---

<sup>8</sup> Cf. MORIONES, F., *Teología de san Agustín*, BAC 649, Madrid 2004, p. 262.

<sup>9</sup> *Confesiones*, libro I, cap. 1º, 1.

<sup>10</sup> Introducción a las *Confesiones*. Libro 1º, nota 4: BAC 11, p. 103.

Mas ¿cómo invocarán a Aquel en quien no creyeron? ¿O cómo creerán si no tuvieron quien les predique? Y alabarán al Señor aquellos que van en su busca. Pues aquellos que le buscaren, hallarle han; y en hallándole, habrán de loarle.

Búsqueos yo, Señor, invocándoos; e invóqueos yo, Señor, creyendo en Vos, puesto que a nosotros fuisteis predicado. Invócaos, Señor, la fe mía que Vos me disteis, la fe que me inspirasteis. Vos por la humanidad de vuestro Hijo y por ministerio de vuestro predicador<sup>11</sup>.

La alabanza llena de suavidad la dirigió de corazón a Dios Agustín después de su conversión y se renovó su vida, de tal modo que las lágrimas inundaban sus ojos al escuchar los cantos de los fieles cristianos, y acabe aquí destacar aquellos compuestos por san Ambrosio, aquel «predicador» al que aludía Agustín, y que en su himno *Deus creator ómnium*, hace referencia al sueño reparador como un suave don divino. Esto comenta Lorenzo Riber en una de sus obras diciendo: «El sueño, obra de Dios, seda suave que sus manos tejieron, invocado por Ambrosio, descendió sobre los párpados de san Agustín y envolvió en consuelos su corazón y devolvió agilidad a sus miembros»<sup>12</sup>.

## EL MÁS PROFUNDO ANHELO: VER EL ROSTRO DE DIOS

Lorenzo Riber, miembro de la Real Academia Española de la lengua, al cotejar el contenido y el estilo de las *Confesiones* de san Agustín con obras literarias y de pensamiento, que se habían producido en la antigüedad clásica y en las que surgieron posteriormente, pone de relieve la novedad, el ingenio y el valor imperecedero que relucen en este libro agustiniano. Así lo expresa este distinguido académico en la introducción de esta obra que traduce al castellano con un estilo bello y castizo:

Agustín ha superado a los pocos maestros que en el mundo han sido. No es que consiga precisamente Agustín aquel estilístico y egregio loor que promete el preceptor de los Pisones [Horacio], a quien con

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, cit. p. 61.

<sup>12</sup> RIBER, L., *Aurelio Prudencio*, Editorial Labor, Madrid 1936, p. 44.



una hábil juntura o con un toque feliz de novedad a una palabra vieja, no. Es algo más radical y hondo. Es un nuevo tañido, es una vibración inédita lo que les da una gravidez de sentido y un vital calor humano, les da lirismo, les da calor, unción especial y suavidad de acento. Con estos recursos forma aquellos inmortales aforismos que han ido rodando de boca en boca y se han incorporado al lenguaje de la pasión cristiana y de la suavísima piedad<sup>13</sup>.

En todo el decurso de su vida Agustín experimentó el ansia de sentirse inundado por la claridad del rostro de Dios. En su extensa carta a Paulina del año 413 que constituye una obra titulada «Libro sobre la visión de Dios», el obispo de Hipona hace referencia a la súplica de Moisés: *Si he hallado gracia delante de ti, manifiéstate a mí claramente* (Ex 33,13) a la cual responde el Señor diciéndole que «no podía ver el rostro de Dios, porque nadie podía verle y vivir, manifestándole de este modo que aquella visión pertenecía a otra vida mejor»<sup>14</sup>. Este anhelo de ver el rostro de Dios en plenitud de visión la expresa el santo muy intensamente en el capítulo 5º del primer libro de las *Confesiones* diciendo:

¿Quién me dará que repose en Vos? ¿Quién me dará que vengáis a mi corazón y lo embriaguéis, para que de todos mis males me olvide y me abrace con el único bien mío, que sois Vos?

Esta última y lapidaria sentencia es la versión límpida y fiel que hace Lorenzo Riber del texto latino de Agustín: *Noli abscondere a me faciem tuam: moriar, ne moriar, ut eam videam*. Un auténtico y oportuno desarrollo de esta visión de fe lo hallamos en la carta que el santo dirige a Sápida que lloraba la muerte de un hermano suyo que era diácono y le dice: «¡Oh Sápida! fíjate en tu nombre y saborea las cosas que son de arriba, donde sentado a la derecha de Dios está Cristo, que se dignó morir por nosotros, para que viviésemos aun después de muertos, para que el hombre no temiera a la muerte como si ella le aniquilase, para que no se llorase a los muertos, por quienes murió la vida, como si hubiesen perdido la vida»<sup>15</sup>.

<sup>13</sup> Introducción a las *Confesiones* de san Agustín en la versión castellana de L. Riber, cit. pp. 12-13.

<sup>14</sup> SAN AGUSTÍN, *Cartas*, 147, 13, 32: BAC 99, p. 311.

<sup>15</sup> SAN AGUSTÍN, *Cartas*, 263, 2: BAC 99-b, pp. 524-525.

## EN LA FAMILIA Y EN LA ESCUELA

Al relatar Agustín los quince primeros años de su vida, los recuerdos que en las *Confesiones* destaca de cara a Dios en primer lugar, pero también dirigiéndose, sin duda, a los lectores de su obra, son dos los ambientes que principalmente evoca: el de su familia y el de su aprendizaje en la escuela

En cuanto a su casa familiar, la figura que sobresale es la de Mónica, su madre, la cual es la que lleva la iniciativa en la formación cristiana de sus hijos y de un modo muy especial la de Agustín en el cual ella descubre unas peculiares características de talento, y siembra en él unas semillas de fe que estarán siempre presentes en su alma, incluso en deplorables circunstancias de crisis y abandono. Particularmente interesante resulta un texto en el que refiere con cuanto anhelo estando muy enfermo pedía ser bautizado. Todo esto lo escribe el santo con un lenguaje latino que refleja esa lengua hablada en familia, y que Lorenzo Riber traduce con fidelidad y elegancia:

Había yo oído hablar, siendo niño todavía, de la vida perdurable que nos prometió la humildad de nuestro Señor Dios, abajado a nuestra soberbia. Ya entonces estaba yo signado con el signo de la cruz y sazonado con el sabor de su sal desde que salí del vientre de mi madre, que tuvo siempre en Vos tan longánime esperanza.

Vos lo visteis, Señor, cuando aún era niño, el día en que asaltado de repentino dolor de estómago, quemante de fiebre subida, estuve a punto de morir; Vos visteis, Dios mío, puesto que entonces erais mi guarda, Vos visteis con qué desalado anhelo de mi alma y con qué ahínco de fe pedí el bautismo de vuestro Cristo, Señor mío y Dios mío, a la piedad de mi madre y a la piedad de la Madre de todos nosotros, que es la Iglesia vuestra.

Y consternada la madre de mi carne, que, con más amoroso transporte aún que mi carne física, alumbraba en su corazón casto mi salud eterna en vuestra fe, con mucho afán y premura cuidaba de mi iniciación en el sacramento de mi salud y de mi regeneración en ablución santa, confesándoos, oh Señor Jesús, para remisión de mis pecados. Pero experimenté mejoría inmediata. Por eso mi purificación fue dilatada, como si importase que, prorrogándose mi vida, me manchase

más aún, ya que después del baño bautismal, más peligrosa y más grave fuera la recaída<sup>16</sup>.

Es digna de atención la fuerza e intensidad con que Riber se refiere a la ferviente petición del bautismo por parte del joven enfermo Agustín, que corresponden la forma verbal latina *flagitavi* que indica pedir intensamente o reclamar y a lo cual acompaña el participio castellano *desalado*, que significa estar motivado por un ardiente afán.

En cuanto a los años en los que Agustín recibió enseñanza escolar, primero en Tagaste, su ciudad natal, y después en Madaura, etapa que se prolongó hasta sus quince años de edad, sus recuerdos son más bien tristes y poco halagüeños, debido a los castigos que se acostumbraba imponer a los muchachos a fin de que se acostumbraran al estudio de la literatura latina y griega, a la vez que empezaba a ejercitarse en la elocuencia, materia en cuyo estudio él se entregaría después en Cartago. En las *Confesiones* reconoce la dureza de esta pedagogía mencionando especialmente los azotes, cosa que incluso sus padres aprobaban con la esperanza de un provechoso futuro profesional.

Comentando la dureza de este sistema de enseñanza Lorenzo Riber añade a su traducción de las *Confesiones* una nota oportuna de erudición en la cual dice: «Hemos de advertir, para su honor, que el gran pedagogo español Marco Fabio Quintiliano, de Calahorra, desaprueba la práctica como ineficaz en pedagogía de azotar a alumnos» (*Instituciones oratorias*, 1, 3, 14)<sup>17</sup>.

Es triste y sincero el recuerdo que manifiesta Agustín en cuanto al tiempo de su adolescencia, viéndose sumergido en el embrollo de unas costumbres marcadas aún por la mentalidad de la época y alimentadas por la literatura greco-romana. En las *Confesiones* lo pone de relieve con un tono pesimista y un amargo sabor de descontento de su actitud personal, aunque a la vez expresa un intenso sentimiento de gratitud a Dios por la gracia de su conversión y por la confianza que pone en el don de la perseverancia que el Señor le está concediendo. Así expresa estos íntimos sentimientos:

---

<sup>16</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, libro 1º, cap. 11, cit. p. 72.

<sup>17</sup> *Ibíd.*, cap. 9º, p. 70, nota.

Estas cosas Vos las veis, Señor, y las calláis, longánime, misericordiosísimo y veraz. Pero, ¿callaréis siempre, por ventura? Ahora mismo sacáis de este abismo fierísimo el alma que os busca y tiene sed de vuestros deleites y cuyo corazón os dice: «Vuestro rostro busqué, Señor; vuestro rostro buscaré», porque de vuestro rostro estuve lejos por una pasión tenebrosa<sup>18</sup>.

Me parece oportuno hacer notar que tratándose de preguntas River a veces intercala la expresión «por ventura». Es un modismo muy frecuente en Mallorca y que en este caso corresponde al adverbio latino *numquid* que en este caso sugiere un sentimiento de confianza en la bondadosa providencia divina

Muy vivamente lamenta Agustín el contenido de los relatos de fantasía que en las obras literarias clásicas, que atribuían a héroes o dioses toda clase de inmoralidades e indecencias, con lo cual pervertían a los jóvenes induciéndolos a una vida disoluta y viciosa. Así lo expresa, dolorido, en las *Confesiones* quien de joven lo experimentó e incluso por algún tiempo fue víctima de ello:

No, no es verdad, no es verdad que por esta torpeza se aprendan más gustosamente aquellas palabras, sino que por estas palabras aquella torpeza cunde y se propaga con licencia mayor. No reprendo yo las palabras, que son como unos vasos escogidos y preciosos, sino el vino del error que en aquellos nos propinaban esos borrachos de maestros; y si no lo bebían nos azotaban, y no podíamos recurrir a ningún juez sabio. Y con todo esto, Dios mío, en cuya presencia es ya seguro este recuerdo mío, con gusto aprendí estas cosas; y por ello llamábanme muchacho de buena esperanza<sup>19</sup>.

Las impresiones que del tiempo de su escolarización guardaba Agustín no eran en verdad placenteras, sino enturbiadas por la amargura de los castigos, y sobre todo lamentables por los influjos de una enseñanza marcada por el libertinaje de los textos literarios que se le proporcionaban. No es que él, después de su conversión, estuviera en contra de los valores culturales de la literatura pagana, sino disconfor-

---

<sup>18</sup> *Ibíd.*, libro 1º, cap. 18, p. 80.

<sup>19</sup> *Ibíd.*, libro 1º, cap. 16, p. 79.

me de que se entregara a los adolescentes dichas obras sin, al menos, expurgarlas de las escenas pecaminosas que contenían, como se logró hacer en las escuelas de un carácter más abiertamente cristiano. En la obra agustiniana *La Ciudad de Dios* hallamos una protesta semejante, donde dice que en la enseñanza plagada de los errores del paganismo «más bien se fijan en los hechos de Júpiter que en las enseñanzas de Platón o en las censuras de Catón.»<sup>20</sup>

Lorenzo Riber al efectuar su acertada y elegante versión castellana de las *Confesiones* de San Agustín considerando las amargas quejas del santo sobre la equivocada manera de presentar a los jóvenes la literatura pagana, no podía menos de agradecer, por su parte, la acertada enseñanza de latinidad recibida en el Seminario diocesano de Mallorca, donde se cultivaba tal aprendizaje cultivando el estudio de los autores clásicos juntamente con el de los escritos de los Padres de la Iglesia. Sabemos, por ejemplo que en el año de 1900 uno de los temas propuestos a los teólogos para el certamen veraniego consistía en la versión del cuarto libro *De civitate Dei* en cuyo contenido se trata de la grandeza de Roma, como don de la divina providencia, favoreciendo la difusión de la fe cristiana.

Las obras de este ilustre y muy laborioso sacerdote gozan de gran estima por reflejar un gran dominio de los autores clásicos, especialmente Virgilio y Horacio, así como de escritores cristianos antiguos, destacando san Agustín y Aurelio Prudencio.

## EL AMOR QUE ENALTECE Y EL PLACER QUE DEFRAUDA

En el pensamiento y la doctrina de san Agustín ocupa un lugar muy destacado el concepto y la contraposición de dos amores: «Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial»<sup>21</sup>. En el libro segundo de las *Confesiones*, que es uno de los más breves de esta extensa obra, se incide sobre el mismo tema

---

<sup>20</sup> *La Ciudad de Dios*, II, 7: BAC

<sup>21</sup> *Ibíd.*, XIV, 28: BAC 172, p. 137.

bajo otros aspectos, al tratar de sus desviaciones morales durante sus estudios en Madaura, población todavía poco cristianizada, donde el joven ha recibido peligroso influjos en cuanto a la fe cristiana inculcada en él por su madre, Mónica.

A esta estancia sigue un período más breve de permanencia en la casa familiar entre los años 369 y 370, mientras se prepara su marcha a Cartago para terminar sus estudios de retórica en vistas a obtener una situación personal que le capacite para el ejercicio de la docencia o de la oratoria a la que podía aspirar por su capacidad intelectual. En estas circunstancias el joven Agustín se halla sumido en una peligrosa crisis moral en la cual el concepto de amor y los fundamentos religiosos y morales anteriormente asumidos sufren un intenso descalabro.

Al describir posteriormente en las *Confesiones* este tiempo de incertidumbre, que marcó por entonces su existencia, Agustín se muestra muy riguroso al examinar su conducta, sin dar lugar a las excusas que cabría alegar por razón de su inmadurez ni de la crisis de adolescencia con el agravante de peligrosas amistades. Lo que él considera más profundamente es su alejamiento de Dios y el concepto de pecado que ha descubierto en su conversión. Así lo manifiesta con estas reveladoras consideraciones:

Esto hago por amor de vuestro amor, trayendo a la memoria los caminos torcidos con amargura de mi renovado recuerdo para que Vos me seáis dulce, dulzura no falaz, dulzura feliz y segura, y me recojáis de aquel derramamiento en que a pedazos estuve dividido, mientras separado de Vos, que sois solo uno, anduve desvanecido en muchas vanidades. Ardiendo estuve algún tiempo, en mis mocedades, de hartarme de infernales deleites; y osé envilecerme con una breñosa vegetación de siniestros amores; y mi hermosura se afeó y no fui sino podredumbre ante vuestros ojos por agradarme a mí y por deseo de agradar a los ojos de los hombres. ¿Y qué era lo que me deleitaba, sino amar y ser amado (*amare et amari*)<sup>22</sup>.

En la vigorosa traducción castellana de esta página agustiniana Lorenzo Riber destaca de un modo conspicuo y revelador el sentido de

---

<sup>22</sup> SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, cit. libro 2º, caps. 1-2, p. 87.

este verbo conjugado en voz activa y pasiva: amar y ser amado. En alusión a los años de su infancia el sacerdote mallorquín, en una situación completamente diversa de aquellas experiencias bochornosas de aquel estudiante africano del siglo cuarto, en su primoroso libro titulado *La minyoria d'un infant orat* relata cómo en sus primeros años de infancia le complacía el afecto que le demostraba una de las monjas agustinas de Ntra. Sra. del Amparo, cuyo convento estaba al lado de su casa, a lo cual aplica las palabras del santo en las *Confesiones* diciendo: «*amabam amari*, como su padre san Agustín».

## ENTRE LA CONFUSIÓN Y EL DISCERNIMIENTO

En el libro tercero de las *Confesiones* Agustín analiza, bajo la luz de su conversión, el período de su vida que va desde los 17 a los 19 años de edad que transcurrieron entre el año 370 y el 373, en los que realizó sus estudios de retórica y elocuencia en la ciudad de Cartago, la tercera de importancia dentro del Imperio Romano, después de Roma y Alejandría.

El ambiente de paganismo aún en buena parte se mantenía en la gran ciudad africana junto con los errores maniqueos que desvirtuaban el noble influjo del cristianismo, avalado por los aún recientes testimonios martiriales y por figuras tan prestigiosa como lo fue la de san Cipriano. Esa pervivencia de malas costumbres y errores contribuyeron a que aquel estudiante llegado de Tagaste se sumergiera en un mar de dudas, acrecentadas por su conducta moral resquebrajada y por su desviación de la fe que su madre le había inculcado desde su tierna infancia. Sin renunciar a la creencia en Dios, intentaba situarse dentro de unos márgenes culturales que parecieran ofrecerle garantías de un pensamiento ilustrado desvinculado de las enseñanzas cristianas.

Intentó primero buscar en la Biblia una explicación que le resultara satisfactoria, pero, según él mismo refiere, los relatos y los juicios de los libros santos le parecieron poco dignos de atención. «Su modestia –dice él– repugnaba a mi orgullo, y mi corta vista no penetraba sus augustas interioridades. Eran tales las Escrituras, que crecían con los pequeñuelos; mas yo desdeñaba ser pequeño y, huero y finchado de

soberbia, teníame por grande»<sup>23</sup>. En cambio, la lectura de *Hortensio*, libro escrito por Cicerón, actualmente perdido, suscitó en él un anhelo por descubrir la sabiduría. Lo malo fue que por ese tiempo Agustín se dejó seducir por algunas apariencias de sabiduría que presentaban los libros de los Maniqueos, a los que de algún modo se mantuvo unido por espacio de unos nueve años, y que al fin rechazó, sintiéndose defraudado, debido a la inconsistencia de las fantasías que envolvían las gratuitas propuestas de tales propagadores de falsedades.

Al revisar en las *Confesiones* esos años de inquietud y de zozobra que padeció bajo el influjo de los maniqueos, lo más inquietante fue el contenido de las falsas explicaciones sobre el origen del mal. Con expresiones de gratitud y alabanza a Dios manifiesta la liberación alcanzada y lo expone de esta manera:

Yo ignoraba aquella otra realidad que sola existe verdaderamente, y picado como por un aguijón (*acutule*) fui a situarme en las filas de aquellos necios ignorantes al preguntarme de donde procedía el mal y si Dios estaba limitado dentro de una forma corpórea, si tenía cabellos y uñas, si debían ser tenidos por justos los que tenían muchas mujeres a la vez y mataban hombres y sacrificaban animales. Estas preguntas producían turbación a mi ignorancia, y mientras me apartaba de la verdad parecíame acercarme a ella, porque no tenía entendido que el mal no es sino una privación de bien hasta aquello que no es de todo punto. ¿Ni cómo había de ver esto yo, cuyo ver con los ojos no alcanzaba sino los cuerpos, y cuya vista espiritual llegaba sólo a los fantasmas?<sup>24</sup>

Es de notar la elegante fórmula con la que traduce Riber el adverbio *acutule*, cuyo significado corresponde a un estímulo de una agudeza poco estimable, puesto que en el texto agustiniano de referencia se expresa que buscaba una solución acudiendo a personas fatuas e ignorantes que propagaban falsedades. También conviene observar que con la frase castiza «hasta aquello que no es de todo punto», con la cual traduce la expresión latina: *usque ad hoc quod omnino non est*, que equivale a decir: hasta aquello que no tiene existencia alguna, o sea la nada absoluta.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, libro 3º, cap. 5º, p. 107.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, libro 3º, cap. 7º, pp. 109-110.



## AÑOS DE SOMBRAS E INQUIETUDES

A su primera experiencia como maestro de retórica en Cartago se refiere el propio Agustín, diciendo: «Por este mismo tiempo que se prolongó por espacio de nueve años, desde el de décimo nono de mi edad hasta el vigésimo octavo, yo fui seducido y seducía; yo, juguete de varios apetitos, fui engañado y engañaba: paladinamente, por la profesión de las artes que llaman liberales; a la encubierta, con el mentido nombre de religión; aquí soberbio, allí supersticioso, y vano dondequiera...»<sup>25</sup>. Lamentable fue especialmente su adhesión a las quimeras de los maniqueos, que al final abandonó defraudado al reconocer la inconsistencia de sus vanos e infundados presupuestos. También sintió cierta inclinación hacia la astrología que abandonó gracias a los consejos y la experiencia de un médico que le convenció de la necedad de tal ideología. Además el desarreglo moral en que vivía estaba opuesta al desarrollo de los buenos sentimientos que surgían en su espíritu y a los consejos con que Mónica, su cristiana madre intentaba llevarle al buen camino que se había iniciado en su infancia.

La profunda tristeza que le causó la muerte de un amigo a quien él había arrastrado hacia los maniqueos, pero que apartó de ellos y murió cristianamente, puede considerarse como una gracia con la que Dios le impulsaba hacia la conversión. También la vida honrada y cristiana de algunos de sus amigos favorecía a Agustín mostrándole unos ejemplos favorables a una llamada hacia la conversión a la fe de Cristo.

En el libro cuarto de las *Confesiones* recordando Agustín esos años de búsqueda entre sombras, pone de manifiesto cómo en el misterio de la encarnación del Verbo queda maravillosamente abierto el camino de encuentro con Dios:

Y descendió a este bajo mundo la misma vida nuestra y tomó nuestra muerte y la mató con la abundancia de su vida, y con voz de trueno nos llamó para que volviésemos a Él, en el secreto de aquel santuario del cual salió para venir a nosotros, entrando primeramente en el seno virginal en donde contrajo bodas con Él la criatura humana, carne mortal, para que no fuese siempre mortal; y de allí salió, como esposo

---

<sup>25</sup> *Ibíd.*, libro 4º, cap. 1º, p.121.

que sale de su tálamo, saltó de gozo, como gigante, para recorrer todo su camino. Pues no tardó, sino que corrió gritando con sus palabras, con sus hechos, con su muerte, con su vida, con su descenso, con su ascenso, gritando que volvámos a Él. Y partióse de nuestros ojos para que regresemos al corazón y le encontremos. Apartóse, cierto; y mirad cómo está aquí. No quiso estar mucho con nosotros, pero tampoco nos abandonó; pues allí se retiró de donde jamás se había apartado, porque el mundo fue hecho por Él y estaba en este mundo y vino a este mundo para salvar a los pecadores, al cual se confiesa mi alma y la sana porque pecó contra Él<sup>26</sup>.

Gracias a estas obras divinas de salvación tan bellamente descritas por Agustín, reconoce él mismo que el impulso decisivo consistió en reconocer a Dios como origen de la belleza en plenitud y como el ser indeficiente y del que proviene la iluminación por la fe. He aquí acerca de ello unas reveladoras palabras del santo:

Tal como mi alma era entonces en mí, ignorante de que debía ser esclarecida con otra lumbre para que participara de la verdad, puesto que no es ella la misma esencia de la verdad, porque Vos, Señor, alumbraréis mi candela (*quoniam tu illuminabis lucernam meam, Domine*); Vos, Dios mío, esencia de la verdad, iluminaréis mis tinieblas, y de la plenitud de vuestra luz todos la recibimos, pues Vos sois luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo como sea que en Vos no hay mudanzas ni el más breve momento de oscuridad<sup>27</sup>.

Cabe aquí destacar la traducción de la frase latina: *quoniam tu illuminabis lucernam meam, Domine* con la expresión castellana: «Vos, Señor iluminaréis mi candela». La palabra «candela», en efecto, con el sentido de un fuego encendido a fin de iluminar, deriva del verbo latino *candere* (arder) aparece ya en el habla castellana del siglo XII y se divulgó mucho en un sentido muy amplio de lámpara, linterna o luz que ilumina en medio de la oscuridad.

---

<sup>26</sup> *Ibíd.*, libro 4º, cap. 12º, p. 134.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, libro 4º, cap. 15º, p. 138.

## DESDE CARTAGO A ROMA Y A MILÁN

Fastidiado Agustín por la indisciplina de los estudiantes en Cartago, decidió buscarse una situación más favorable en lugares más centrales del Imperio. Posteriormente reconocería él que la Providencia divina había favorecido de este modo para su futura transformación de vida. El primer desplazamiento en el año 383 resultó especialmente doloroso para su madre Mónica, que en la costa africana fue engañada por el hijo que se embarcó huyendo de ella que intentaba persuadirle de que no emprendiera esa aventura. Estos acontecimientos los relataría en las *Confesiones* con profundo sentido de fe y de gratitud:

Pero Vos sabíais, Señor, por qué yo partía de Cartago y marchaba a Roma, y no lo dabais a entender ni a mí ni a mi madre, que lloró atrozmente mi partida y desalada me siguió hasta el mar. Pero la engañé, asida a mí con violencia, por retenerme o por embarcarse conmigo, y fingí que no quería abandonar a un amigo, en espera de tiempo favorable para la navegación. Y mentí a mi madre, ¡a aquella madre!, y me descabullí; porque también esto misericordiosamente me la habéis perdonado, lleno como estaba de abominables suciedades, salvándome de las aguas del mar, hasta que llegase al agua de vuestra gracia, para que lavado con ella me enjugasen los ríos de los ojos maternos. Con ellos cada día mi pobre madre arroyaba por mí la tierra en que se postraba en oración ante vuestro rostro. [...] ¿Y qué os pedía a Vos, Dios mío, con tantas lágrimas, sino que no me dejaseis embarcar? Pero Vos, con profundo consejo y oyendo la esencia de su deseo, no curasteis entonces de lo que os pedía para obrar en mí aquello que siempre os pedía. Sopló el viento e hincho nuestras velas y sustrajo a nuestra vista la ribera, en que ella, al amanecer, se volvía loca de dolor, y con gemidos y quejas llenaba vuestros oídos<sup>28</sup>.

Es oportuno destacar la fuerza e intensidad de las palabras castellanas que escoge Riber para remarcar la profundidad del dolor experimentado por una madre tan solícita por la fe y la conducta de su hijo, así como también por poner de relieve la transformación espiritual experimentada por Agustín.

---

<sup>28</sup> *Ibíd.*, libro 5º, cap. 8º, p. 155.

Así vemos que la frase latina *me profectum atrociter planxit et usque ad mare secuta est*, la traduce diciendo: «lloró atrozmente mi partida y desalada me siguió hasta el mar». El participio de pretérito «desalada», del verbo «desalar», según el diccionario de la Real Academia tiene entre otros significados el de «sentir vehemente anhelo de conseguir alguna cosa». Quizá pueda pensarse que se trata de un concepto añadido por el traductor, pero en verdad expresa muy fielmente la situación anímica realmente angustiosa de Mónica. El verbo pronominal «descabullirse», que significa «huir de una dificultad con sutileza» también es muy apropiado para indicar el engaño de Agustín a su madre manifestándole que no iba a embarcarse, sino simplemente a acompañar a un amigo durante el tiempo de espera hasta que soplara el viento oportuno para que la nave iniciara la navegación.

Apenas llegado a Roma, padeció Agustín unas altas fiebres, posiblemente a causa del paludismo que se extendía por las zonas pantanosas de los alrededores de la capital y que no dejaban de crear a veces un peligro de muerte. Recordando posteriormente este incidente, el que se libró de la muerte atribuía su curación y el haberse liberado del peligro de condenación eterna al influjo saludable de las constantes súplicas de su madre, y por ello rinde profundas gracias a la divina misericordia, por lo cual reavivado la memoria de lo acontecido escribe:

Y agravándose las calenturas, yo ya me iba y perecía ¿Y adónde me hubiera ido, si de allí entonces me hubiera ido, sino al fuego y a los tormentos dignos de mis obras, según la verdad del orden que Vos establecisteis? Y esto mi madre no lo sabía, y con esto, ausente, rogaba por mí. Pero Vos, presente dondequiera, oíais la en donde ella estaba; y en donde estaba yo teníais piedad de mí para que recobrase la salud corporal, no sano todavía en mi corazón sacrílego<sup>29</sup>.

Durante el tiempo de estancia en Roma, Agustín seguía guardando relación con los maniqueos, pero de cada vez más se fue desengañando de las enseñanzas de esta secta que si alguna apariencia de cristianismo a veces exhibía, en realidad no era más que superficial y cargada de infundadas fantasías, de modo que este profesor de retórica

---

<sup>29</sup> *Ibíd.*, libro 5º, cap. 9º, p. 156.

y prestigioso orador abandonó su relación con los seguidores de tales despropósitos, aunque se presentaran con un inconsistente barniz de ciencia y de cultura.

Fue hacia el otoño del año 384 cuando Agustín se trasladó a Milán y allí fue donde abandonó definitivamente a los maniqueos, al descubrir la luminosa enseñanza de san Ambrosio, tal como el mismo lo manifiesta con sentimientos de gran respeto y admiración, alabando por ello al Señor:

Y a Milán llegué y fui a ver a Ambrosio, su obispo, conocido en la redondez del orbe por sus óptimas partes, piadoso siervo vuestro, cuyo elocuente celo distribuía entonces a vuestro pueblo la flor y grosura de vuestro trigo y la alegría de vuestro óleo y la sobria embriaguez de vuestro vino. Y erais Vos quien me conducíais a él sin yo saberlo, a fin de que por él, sabiéndolo yo, fuese a Vos conducido<sup>30</sup>.

La frase latina en elogio de la persona de Ambrosio es esta: *in optimis notum orbi terrarum* y la traduce Lorenzo Riber con una expresión antigua y castiza castellana, cual es la de interpretar las palabras *in optimis* diciendo «por sus óptimas partes», que equivale a decir: «por sus diversos aspectos o cualidades».

En Milán se hizo presente Mónica con la decidida y valiente intención de ejercer un benéfico influjo sobre la persona de su hijo Agustín, curas rutas e intenciones afectaban tan profundamente su corazón de madre respecto de su hijo desviado de la fe católica, que ella le había inculcado desde la infancia y cuya conducta moral dejaba mucho que desear. Ella fue quien le puso en relación con el obispo Ambrosio, que le conduciría a un profundo cambio de vida y a abrazar gozosamente la fe recibiendo de sus manos el bautismo.

La actuación del santo obispo, aunque algo más distante de lo que Agustín deseaba, resultó decisiva para su conversión, y él siempre agradeció muy cordialmente la eficaz ayuda para que la gracia de Dios fructificara en su corazón. La predicación del obispo junto con la incesante oración y los oportunos consejos de Mónica vencieron los

---

<sup>30</sup> *Ibíd.*, libro 5º, cap. 13, p. 162.

enraizados obstáculos que asediaban el alma de Agustín. Él mismo en muchos de sus escritos aludió a su relación con el obispo de Milán. En el libro sexto de las *Confesiones* hay muchas referencias a ello. En una de ellas se expresa así:

Y él [Ambrosio] a su vez ignoraba mis bravas tempestades íntimas y la hondura del foso de mi peligro. Yo no podía preguntarle lo que quería como yo quisiera, puesto que me apartaban de su audiencia y de su presencia los corros de gente apeñuscada que con sus negocios iban a él; y él les atendía en sus empeños y apuros. Y cuando no estaba con ellos, que era un espacio de tiempo muy exiguo, o bien reparaba su cuerpo con el sustento necesario o con la lectura alimentaba su espíritu. [...] Pero lo cierto es que a mí no se me daba oportunidad alguna de consultar las cosas. [...] Oíale todos los domingos predicar al pueblo rectamente la palabra de la verdad, y más y más me confirmaba en la idea de que podían soltarse todos los nudos de las calumnias astutas que aquellos impostores míos [los maniqueos] urdieron contra las divinas escrituras<sup>31</sup>.

La versión castellana de estos párrafos es plenamente fiel en cuanto al sentido de la descripción de los inconvenientes que impedían una conversación cercana y pausada. El participio *secludentibus* del verbo *secludo* que significa alejar o separar, alude a la masa de personas que rodeaban al obispo o esperaban para acercarse a él, circunstancia que Riber señala muy acertadamente con la expresión de «gente muy apeñuscada», participio del verbo «apeñuscar», poco usado, pro muy expresivo cuyo sentido es «apiñar o amontonar».

Hubo otras personas, además de san Ambrosio y de santa Mónica, que providencialmente influyeron en el camino de búsqueda de Agustín. Un grupo de amigos o discípulos, entre los cuales destacan Alipio y Nebridio, sentían una gran estima por él y planeaban formar de alguna manera una agrupación, a fin de llevar una vida dedicada a la búsqueda de la sabiduría y con una especial consagración de su existencia dedicándola al servicio de Dios. Sobre muchas de estas personas da Agustín noticias e interesantes relatos que ponen de relieve, además de

---

<sup>31</sup> *Ibíd.*, libro 6º, cap.3º, pp. 170-171.

la acción de la Providencia, las cualidades y dotes de cercanía personal y de amistad sincera que descubrimos en él.

Describe también Agustín el peligro que constituyó para él la búsqueda del triunfo con ocasión de pronunciar un panegírico en honra del emperador, cosa que podría proporcionarle riquezas y una posición relevante. Sobre la vanidad de tales proyectos le hizo reflexionar la vista de un mendigo borracho que se mostraba satisfecho bebiendo un simple vaso de vino. Se dio cuenta, en efecto, de que los éxitos temporales y perecederos no podrían colmar sus anhelos de una auténtica felicidad. Por ello da gracias y alaba al Señor en las *Confesiones* diciendo:

Yo me perecía por honores, riquezas, casamiento, y Vos hacíais burla de mí. Padecía en estas concupiscencias dificultades amarguísimas, y Vos me erais tanto más propicio cuanto menos dejabais que no me fuese dulce toda cosa que no erais Vos. Mirad mi corazón, Señor que quisisteis que yo lo recordase y lo confesase. De hoy más os esté pegada mi alma a quien librásteis de liga tan mortal y pegajosa. ¡Qué digno de lástima era! Y Vos pungíais la irritable la irritable sensibilidad de mi herida para que, abandonándola, se convirtiese a Vos, que estáis por encima de todas las cosas y sin el cual todas las cosas nada serían; para que se convirtiese y se curase. ¡Oh qué digno de lástima era! ¡Y cómo os hubisteis para que yo tuviese la revelación de mi miseria aquel día en que, preparándome para recitar el panegírico de emperador [Valentiniano II], en que tanto mentiría y mintiendo tanto ganaría el favor de los que sabrían que yo mentía<sup>32</sup>.

La primera palabra latina de este fragmento es *iniabam*, que muchos traducen como «sentía vivísimos deseos» o «ardía mi alma en deseos» mientras que Lorenzo Riber recurre a una castiza expresión cual es la de «yo me perecía», del verbo intransitivo «perecer» con el sentido de «apetecer con mucha ansia alguna cosa». Más abajo la palabra «liga» que afectaba al alma de una manera «tan mortal y pegajosa» tiene evidentemente el sentido figurado que corresponde a una masa viscosa como la que se emplea para cazar pájaros.

---

<sup>32</sup> *Ibíd.*, libro 6º, cap., 6º, pp. 174-175.

Con sinceridad manifestaba Agustín a sus amigos que no se sentía feliz en el decurso de su existencia, y lo recordaba posteriormente diciendo: «Y muchas veces en coyunturas como éstas, consideraba cómo me iba, y hallaba que mal; y sufría e intensificaba mi sufrimiento; y si algo próspero me sonreía, pesábame de alargar la mano por cogerlo, porque casi antes de cogerlo ya era ido»<sup>33</sup>.

El libro séptimo de las *Confesiones* viene a ser como la puerta de entrada o el camino de acceso hacia el don excelso de la conversión de Agustín. Esta senda gracias a la profundización que se efectuaba en seno de su propia alma, rica en recursos y movida por los impulsos de la divina gracia, se fue despejando el cúmulo de obstáculos y confusiones que se albergaban en el espíritu de este hombre inteligente y buscador del bien y la belleza, pero sacudido por pasiones y vehemencias. Por la transformación que en su vida se realizó maravillosamente surgieron de su espíritu insigne expresiones de gratitud y de alabanza a Dios.

Lorenzo Riber quedó también muy admirado ante el camino emprendido por Agustín y por los auxilios de que se valió, conducido por la bondad divina y auxiliado por la fe y las constantes plegarias de su madre. Este culto sacerdote y perspicaz traductor de las *Confesiones* examina las circunstancias de la transformación agustiniana y lo expresa con estos relevantes comentarios:

Tres hombres pasaron por el alma de Agustín y en ella dejaron muy vastas huellas de su paso: Cicerón, Platón y San Pablo. Como acontece cuando con recios pies se anda por una profunda estancia vacía, estos tres hombres dejaron la grande alma de Agustín estremecida y resonante. Estos tres hombres marcan las etapas que siguió el hijo de las lágrimas de Mónica en su camino hacia la liberación y la patria de la paz. El libro séptimo de las *Confesiones* es el *Canticum graduum*, es el poema de esta ascensión espiritual, no exenta de sudores, de tinieblas y de vértigo. *Ad alta per ardua*. No por intelectual es menos dramático este libro que los otros libros sanguíneos, palpitantes, convulsos de pasión humana o de exaltación de amor divino. Al término de esta ascensión penosísima, por muchas vueltas y revueltas, por muchos ro-

---

<sup>33</sup> *Ibíd.*, ID., p. 176.



deos y ambajes llegó Agustín a ver el *Ser por esencia en el lampo de una mirada temblorosa*. Y conoció el misterio del Verbo hecho carne, ciencia escondida a los sabios y revelada a los pequeñuelos<sup>34</sup>.

El esforzado itinerario de Agustín en su búsqueda de la verdad lo presenta Riber, evocando el encuentro de este hombre destinado a ser pensador y maestro de resonancia mundial, como quien se encuentra con tres hombres de especial renombre e influjo, a saber, Cicerón, Platón y san Pablo. Del primero con su libro *Hortensio* despertó en Agustín un intenso anhelo de alcanzar la verdadera sabiduría. Platón, cuyas ideas conoció a través de los neoplatónicos, especialmente Plotino, por quien había sido traducido al latín la enseñanza platónica, destacando que Dios es el ser por esencia, el bien absoluto, mientras que el mal no es más que la carencia del ser y del bien. De este modo se desvaneció en Agustín el influjo de los maniqueos. En cuanto a san Pablo. Sus palabras serán las que con más fuerza le llevarán a la decisiva entrega a la gracia de la conversión. Según parece, ya antes de ese paso definitivo se daba cuenta Agustín de una plenitud de acercamiento a la fe pues dice: «con ardor avidísimo arrebaté la venerable péñola devuestro <espíritu, y con preferencia a todos los demás al apóstol Pablo»<sup>35</sup>.

## CONVERSIÓN Y BAUTISMO

En el libro octavo de las *Confesiones* expone Agustín con una intensidad incomparable, marcada por una sinceridad humilde y a la vez por un íntimo dolor de quien lucha encarnizadamente dentro de su espíritu. Reconoce que ha sido favorecido con una luz maravillosa que le ha conducido a reconocer a Dios tal como lo manifiestan las fuentes de la revelación cristiana; pero su voluntad, aunque se inclina hacia la conversión, no le favorece para romper las cadenas que le mantienen atado a las engañosas aunque placenteras costumbres adquiridas. Estas

---

<sup>34</sup> *Ibíd*, Introducción de Lorenzo Riber, p. 35.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, libro 7º, cap. 21º, pp. 215-216.

páginas están llenas de la inquietud y del dolor de quien no se atreve a dar el paso que por otra parte ansía efectuar.

Lorenzo Riber con la traducción de los pasajes más significativos consigue reflejar acertadamente el dolor y la inquietud que ha padecido el protagonista de la tremenda lucha quien al fin por el don de la gracia divina alcanzará. Agustín reconoce y confiesa, agradecido, de qué manera se ha visto favorecido con la luz de la verdad, después de superar los engañosos sofismas de los maniqueos, dirigiéndose a Dios exclama:

Recuerde, Dios mío, y confiese vuestras misericordias sobre mí en hacimiento de gracias a Vos. Inúndense mis huesos en los raudales de vuestro amor, y digan mis huesos: Señor, quién es semejante a Vos? Rompisteis mis cadenas, sacrificídeos sacrificio de alabanza. Contaré cómo las rompisteis. Y dirán todos vuestros adoradores al oírme: Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra; grande y maravilloso es su nombre. Vuestras palabras se habían pegado a mis entrañas, y yo por todas partes, con estrecho asedio, estaba cercado de Vos. De vuestra vida eterna estaba cierto, por más que no la hubiera visto sino en enigma y como por espejo. Se me había quitado toda duda acerca de vuestra sustancia incorruptible y sobre el hecho de que toda otra sustancia mana de ella. Y deseaba, no ya estar más cierto de Vos, sino más firme y estable en Vos. Pero en lo que toca a mi vida temporal, vacilaba todo, y era menester purificar mi corazón de la vieja levadura. Contentábame el camino, que es el mismo Salvador; mas de aventurarme por sus estrechezas tenía recelo y miedo<sup>36</sup>.

En medio del tumulto de las diversas impresiones y de las llamadas que resonaban en su alma, siempre abierta a la admiración y capaz de analizar cuanto se presentaba ante sus ojos inquisitivos y hacía mella en su corazón ardiente, le llenaron de un estupor de admiración algunos ejemplos de personas que abrazaban la fe cristiana y la vivían con muy generosa entrega. Uno de estos individuos fue Victorino, hombre de gran cultura y prestigioso orador romano, aunque africano de origen. Este varón ilustre y vinculado con la distinguida sociedad imperial

---

<sup>36</sup> *Ibíd.*, libro 8º, cap., 1º, p. 221.

siguiendo los consejos de Simpliciano, maestro entre los cristianos, no puso su mira en mantener vinculación con el paganismo, sino que se integró en la sencilla y humilde comunidad cristiana de Roma.

Otro testimonio impresionante para Agustín y su amigo Alipio les llegó a través de una visita que les hizo Ponticiano, también africano de origen y fiel cristiano, quien les habló de movimiento de vida eremítica suscitado en Egipto y de la vida del abad san Antonio. Así queda consignado en el libro de las *Confesiones*, dando por ello gracias al Señor con estas palabras:

Nosotros estábamos atónitos, oyendo vuestras maravillas, perfectamente documentadas, obradas en la verdadera fe, en la Iglesia Católica y tan cerca de nuestros días, que su memoria era fresca. Los tres nos maravillábamos; yo y Alipio de tamañas maravillas; Ponticiano, de nuestro asombroso desconocimiento. De ahí rodó la plática a la muchedumbre de los monasterios y a los enjambres de monjes y a sus buenas costumbres, fragantes de vuestro suave olor y a las ubérrimas soledades del yermo. De todo esto estábamos completamente ayunos. Y eso que había en Milán un monasterio lleno de buenos hermanos, extramuros de la ciudad, y bajo el gobierno paternal de Ambrosio, y aun esto no sabíamos. [...] Esto contaba Ponticiano. Mas Vos, Señor, entre palabra y palabra suya, me retorcíais hacia mí mismo, quitándome de mis espaldas donde yo me había puesto cuando no quería mirarme el rostro, y me poníais en frente de mi propia cara para que viese cuán somera, cuán deforme y sucio, cuán manchado y ulceroso<sup>37</sup>.

El reconocimiento de sus errores, de sus maldades e ingratitudes.

GUILLERMO PONS PONS

---

<sup>37</sup> Ibid., libro 8º, caps 6º y 7º, pp. 231-234.

